

Mark Wigley

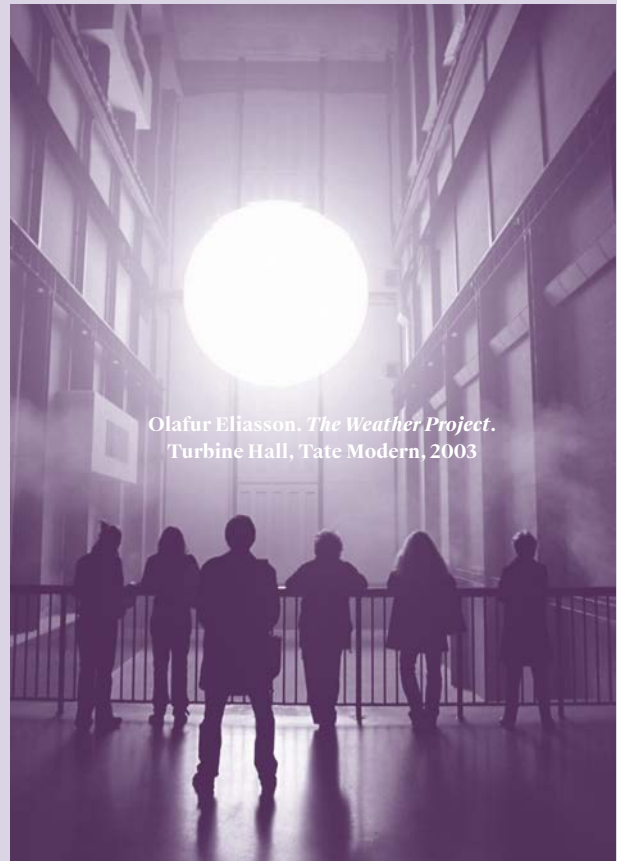
Story-Time (fragmento)

[...] Así que, aquí vamos. Creo que es útil considerar la teoría arquitectónica como una especie de narración. Me parece que eso es lo que hacen los teóricos de la arquitectura: cuentan relatos sobre arquitectura. Entonces, pensar en la política del discurso arquitectónico sería pensar en la política del tipo de relatos que contamos. Por supuesto, lo primero en lo que debemos insistir es que ningún relato, ninguna teoría, es más o menos política que ninguna otra. Las personas que se identifican como apolíticas están, en ese gesto mismo, asumiendo una posición altamente politizada, cuyos efectos estratégicos se deben analizar. Por lo tanto, nuestra preocupación aquí no es examinar las prácticas contemporáneas de narración de relatos para el surgimiento de lo que parecen ser temas políticos, ver quiénes hablan de política y cómo lo están haciendo. La cuestión es la política del discurso en sí mismo, más que el discurso sobre la política. Tendríamos que «hacer algunos deberes» sobre la forma en que opera el discurso, antes de comenzar a especular sobre si ciertas posiciones dentro de él se vuelven políticas o no. Todos sabemos que el efecto político de una determinada posición está completamente determinado por su marco institucional. Un llamado ostensiblemente apasionado a lo que parece un problema político inequívoco, digamos, la vivienda para las minorías, puede, en ciertos contextos, por ejemplo, un contexto académico, tener en realidad el efecto de desactivar, absorber o desplazar ese problema. Si la historia nos ha enseñado algo es que el llamado a prácticas más humanas es a menudo el pretexto para la brutalidad institucionalizada. Presupone, al menos, un acuerdo colectivo sobre lo que es humano, un acuerdo que casi siempre está ausente. En las áreas grises de cada proclamación sobre la humanidad, ocurren numerosos horrores. Entonces, de nuevo, tenemos que pensar con mayor precisión sobre la política del discurso en sí mismo, en lugar de simplemente mapear lo que se dice sobre política o, si tuviéramos que ahondar un poco más hoy, tal vez comenzar a pensar en los deslices que siempre están ocurriendo entre política y discurso.

Un asunto importante es cómo las personas legitiman su elección de tema, cómo eligen ejemplos dentro de ese tema, cómo se construyen sus argumentos, cómo se cuentan los relatos. E insistiría desde el principio en que la arquitectura solo es siempre un discurso. Quiero decir con esto algo mucho más amplio que el hecho de que en nuestra disciplina hay ciertas personas que hablan y escriben y participan en el discurso

Fuente: *Assemblage*, n.º 27. Tulane Papers: The Politics of Contemporary Architectural Discourse (agosto, 1995), pp. 80-94.

teórico, como se ejemplifica en esta conferencia. La arquitectura solo es un discurso sobre la construcción. Cada acción, cada operación aparentemente humilde de la práctica arquitectónica debe entenderse de esta manera. Todos los arquitectos están entrenados para contar relatos. Básicamente, lo que hacemos en las escuelas de arquitectura es enseñarles a las personas cómo pararse al lado de un conjunto de representaciones de un proyecto y contar un relato creíble. Y hay formas extraordinariamente sutiles en las que los estudiantes se convierten en arquitectos al demostrar *no* que pueden hacer un cierto tipo de diseño, sino que



Olafur Eliasson. *The Weather Project*.
Turbine Hall, Tate Modern, 2003

↑ La antigua central eléctrica remodelada por Herzog & De Meuron resulta una arquitectura inconclusa. Su narrativa opera en sentido inverso: queda abierta para recibir una instalación que la defina.

pueden defender diseños de una manera muy particular. Entonces los arquitectos están entrenados para narrar relatos; de hecho, muchos relatos, diferentes relatos para diferentes personas. Y lo interesante es que casi todos estos relatos tienen que ver con la forma en que los edificios supuestamente narran relatos. En otras palabras, lo que uno hace cuando se para al lado de su proyecto y cuenta un relato al respecto es tratar de acreditar el proyecto con su propia capacidad de contar relatos, una capacidad de representar ciertas ideas, como que, por ejemplo, si uno se fuera de la sala o saliera del sitio de construcción, el edificio seguiría hablando por uno. Si uno fuera a creerles a los arquitectos —y pocas personas lo hacen, como ustedes saben—, los edificios están erigidos en las esquinas de las calles hablando con cualquiera que pase, transmitiéndole al mundo el mensaje del arquitecto. Los arquitectos son ventrílocuos, entonces. La verdadera destreza en arquitectura es la elaboración de un buen relato, que depende de una narración previa sobre la forma en que un cierto tipo de destreza, una determinada forma de ensamblar materiales de construcción, habla. La precisión de un detalle constructivo es la precisión de un punto en un argumento.

Esto es solo sentido común. Los arquitectos son una sarta de habladores. Los edificios son megáfonos. Aquí es donde las cosas se ponen difíciles: realmente, para contar una historia no importa cuál sea la posición de uno sobre la capacidad de la arquitectura. Todos en la disciplina dependen en cierta medida de la idea de que los edificios hablan, pero también, en cierta medida, del pensamiento de que hay algo en los edificios que no habla. Algunas personas creen firmemente en una «arquitectura narrativa» que entiende la arquitectura como un sistema de representación que habla todo el tiempo, y que este es su modo primario de operación, mientras que otros intentan con firmeza deshacerse de esta capacidad de representación, para descubrir las condiciones fundamentales de su naturaleza física como objeto que precede supuestamente a toda conversación. Pero cada lado de este argumento hace un astuto llamado al otro. Los promotores de una arquitectura parlante en realidad dependen de la afirmación de que lo especial de los edificios, a diferencia de otros sistemas de representación, es la medida en que preceden a los relatos que podríamos contar sobre ellos o a las narraciones que ellos mismos podrían contar. Del mismo modo, los promotores de una arquitectura silenciosa quieren que los edificios, por así decirlo, hablen del silencio en lugar de callarse por completo. Un edificio «mudo» resulta ser tan ruidoso como uno que habla. Si bien tenemos teorías interminables sobre la arquitectura —y a todos luchando todo el tiempo, y la lucha es política desde el principio—, todas comparten este enigma, esta geometría lógica extrañamente plegada que define la política del discurso arquitectónico. La capacidad misma de luchar en torno a cuestiones políticas depende de una especie de sentido colectivo del enigma. La gente simplemente lo explota de diferentes maneras para diferentes fines.

Después de todo, en ambos lados de la ecuación tenemos lo que podría entenderse como posiciones reaccionarias y lo que podría entenderse como posiciones

«La arquitectura no es más que un discurso sobre la construcción, pero hay algo sobre la construcción que supuestamente precede al discurso. Esta es la gran narración, una especie de afirmación casi filosófica sobre el estado de los objetos que se integra en nuestra conversación interminable sobre las edificaciones».

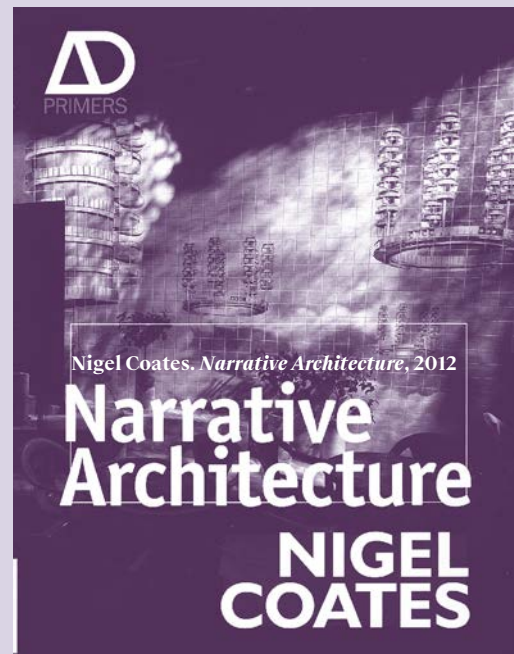
progresistas. Por el lado de la arquitectura narrativa, podemos encontrar cualquier cantidad de formas de resurgimiento histórico, visto como un intento de hacer que la historia nos hable y, por lo tanto, restaurar un orden perdido, pero también la exigencia de una arquitectura narrativa hecha por personas como Nigel Coates y el Grupo de la OTAN que busca abandonar esas órdenes. No obstante, hay posiciones políticas fundamentalmente opuestas que están alineadas con la idea de un edificio que habla. Lo mismo es cierto respecto de los arquitectos y críticos mutuamente antagónicos que apelan a algún tipo de calidad prerrepresentativa del objeto arquitectónico, una condición fundamental antes de que continúe cualquier tipo de narración. La idea de una condición precultural y prediscursiva del objeto construido puede servir a la agenda política más radical tan fácilmente como a la más conservadora. Lo que no puede hacer es escapar de la idea de que los edificios también hablan. De manera única, la arquitectura se encuentra entre el silencio y la cháchara, y los arquitectos intentan jugar con el desliz entre uno y otra de una manera que sirva a sus fantasías particulares. Todos los arquitectos y críticos cuentan relatos que tienen ciertos significados en ciertas culturas, con la esperanza de que estos relatos se adhieran al entorno construido o lo amplifiquen; que los edificios de alguna manera presten la voz a su relato. Pero la creencia misma de que un edificio puede hacer esto se basa en la idea de que algo en el edificio viene antes del discurso; lo que está relacionado, por supuesto, con toda una serie de suposiciones sobre la capacidad de un edificio para preceder a la cultura y, por lo tanto, en cierto sentido, para regular la cultura que parece producirlo; o, al menos, para advertirle a la cultura sobre verdades anteriores u órdenes más elevados, etcétera. Se considera que ciertas condiciones del espacio construido preceden a cualquier manifestación particular de la cultura. La arquitectura no es más que un discurso sobre la construcción, pero hay algo sobre la construcción que supuestamente precede

«La política básica del discurso está determinada por nuestro compromiso compartido con la proposición de que la arquitectura es un tipo único de objeto en nuestra cultura porque de alguna manera precede al discurso y lo hace posible».

al discurso. Esta es la gran narración, una especie de afirmación casi filosófica sobre el estado de los objetos que se integra en nuestra conversación interminable sobre las edificaciones. De hecho, si miramos de cerca la filosofía cuando trata de abordar el mismo problema de orden cultural, lógico, epistemológico y ético, descubrimos que, en este momento, generalmente comienza a hablar de arquitectura. De ahí el tipo de reacción refleja de los filósofos al hablar de arquitectura y el reflejo igualmente embarazoso de los arquitectos al hablar de filosofía. Los filósofos tienen pretensiones secretas de ser arquitectos y los arquitectos tienen pretensiones filosóficas. Estas pretensiones son obvias, pero rara vez se examinan. De hecho, cuando intercambiamos relatos sobre arquitectura no examinamos nuestras teorías del objeto, independientemente del lado de la ecuación en el que trabajemos. Simplemente presentamos nuestras narraciones y luego damos un paso atrás y dejamos al edificio a que hable por sí mismo. Pero la idea de que podemos dar un paso atrás, de que la palabra de la arquitectura puede prescindir de nuestra habla, e incluso beneficiarse de nuestra ausencia, depende de una serie de afirmaciones ambivalentes sobre los objetos. El edificio es a la vez todo habla e independiente del habla. Y por habla realmente me refiero a parloteo. Las «teorías» groseramente infladas que apoyamos con entusiasmo, rechazamos sinceramente o sobre las que fingimos ingeniosamente nuestro desinterés son solo parte de las transacciones cotidianas del discurso arquitectónico. En realidad, son pequeños relatos que intercambiamos, una especie de chismorreo intelectual, académico y profesional. En esta cháchara incluiría la mayor parte del trabajo de arquitectos y escritores en ejercicio. El habla esconde los grandes relatos. La idea misma de que las narraciones que intercambiamos pueden terminar en la materialidad bruta de un edificio (entendido como la posibilidad de este intercambio) es uno de los relatos más importantes que contamos, uno que nunca nos cansamos de escuchar, pero que nos negamos a reconocer en tanto relato. La política básica del discurso está determinada por nuestro compromiso compartido con la proposición de que la arquitectura es un tipo único de objeto en nuestra cultura porque de alguna manera precede al discurso y lo hace posible. Cuando un edificio

se convierte en arquitectura al hablar —sí, eso es todo lo que la arquitectura es, el edificio parlante o la idea del edificio parlante—, esta charla supuestamente proviene del propio edificio. La capa exterior que habla, la superficie, está destinada a transmitir el orden interno, o incluso el desorden, del edificio; y la disciplina de la arquitectura no es más que el intento de disciplinar esta superficie, regularla atándola, haciendo que cada cambio visible en su textura corresponda a alguna condición invisible. La arquitectura como discurso que emerge de lo que precede al discurso es una fantasía al menos tan antigua como la filosofía occidental. De hecho, es la fantasía en la que se basan muchas prácticas institucionales en nuestra cultura; incluso la expresión «basado en» deriva de esta imagen del edificio como el objeto paradigmáticamente confiable. Este es nuestro inesperado truco, nuestra reivindicación de fama limitada, nuestro atractivo único, el que atrae a tanta gente de otras disciplinas.

Ahora bien, este gran relato nunca se examina muy de cerca. Hasta tal punto, que podríamos decir que el discurso arquitectónico es precisamente una forma altamente institucionalizada de no mirar la arquitectura, de chismorrear, por así decirlo, sobre ella, y de mantener una discusión formal, a veces incluso una lucha violenta, para no enfrentar la cosa misma sobre la que afirmamos luchar. Si observamos muy de cerca cada una de las posiciones que se adoptan en cualquier momento, se vuelven muy problemáticas, asumiendo posturas aparentemente nerviosas para evitar ciertas cualidades inefables de la arquitectura. Si la arquitectura es un personaje parlante, un muñeco de ventrílocuo, sigue haciendo cosas inefables. Es un vástago problemático,



↑ La narrativa proporciona una forma de encontrarse cara a cara con la arquitectura «en el bosque oscuro y poco frecuentado» de la cultura del todo-vale de nuestro tiempo, afirma el autor.



pero como es el elegido, el discurso sigue actuando como si nada hubiera pasado. Por decir lo menos, el discurso rara vez se involucra con su propio aparato institucional.

Después de todo, si uno mira los relatos que narramos, a menudo son completamente superfluos respecto de aquello de lo que supuestamente tratan. La mayoría de los relatos que se presentan frente a un proyecto arquitectónico son altamente móviles. Muchas narraciones diferentes pueden lograr los mismos resultados. Se podría decir que los arquitectos están capacitados para entregar no solo una narración sino múltiples narraciones y lanzarlas en grupos, en bombardeos, con la esperanza de que algunas de ellas den en el blanco. En general, casi ninguna lo hace. Como saben, los arquitectos en este país solo son directamente responsables de un pequeño porcentaje del tejido construido. Incluso es posible, tal vez probable, que la estructura misma de nuestro discurso se base en la idea de que casi nada de lo que decimos tiene algún efecto en el entorno con el que estamos obsesionados. Nuestra obsesión es tolerada por otras razones. De hecho, la vida cultural cotidiana se ha apropiado de las formas que discutimos y de los relatos que narramos, pero ha asociado las formas con diferentes relatos y los relatos con diferentes formas. Las agendas políticas se han movilizadas hacia fines completamente diferentes. Entonces, lo que cuenta es otra cosa. En un nivel, lo que se celebra es la irrelevancia de nuestras historias. Pero incluso esta irrelevancia tiene una estructura. La figura casi hilarante del arquitecto y el crítico se apoya en una agenda seria, incluso mortal, aunque su discurso, si se pronunciara con la cara seria en un club de comedias, produciría aullidos de risa o incredulidad. Somos tolerados por los grandes

↑ Condiciones climatológicas hechas edificio. Una plataforma sobre el lago Neuchâtel produce una nube con el uso del agua, respondiendo a las condiciones climáticas del momento.

relatos incorporados en nuestra charla algo patética.

En las transacciones cotidianas de pequeños relatos, la cháchara, acechan otros relatos que contamos sobre la organización del discurso en sí mismo: relatos sobre qué es un arquitecto, qué es un proyecto, qué es un crítico, etcétera. Estos son los relatos que organizan quién puede decir qué a quién. Regulan la economía de las narraciones. Por supuesto, esto sería cierto para cualquier discurso. Lo que quisiera señalar aquí es el objetivo principal de estas narraciones aparentemente inocentes, estas narraciones de institucionalización que contamos: prohibir cualquier tipo de promiscuidad en el discurso que, si no, representaría a la arquitectura. Y esta contención de la arquitectura, o más bien la imagen de la arquitectura, a su vez, juega un papel restrictivo y regulador en nuestra cultura. No es una forma de disciplinar o legitimar la práctica entre otras. De hecho, si somos capaces de disciplinar nuestro discurso con la suficiente fuerza, entonces la arquitectura puede erigirse en nuestra cultura como una figura privilegiada para la disciplina. En otras palabras, si podemos controlar el debate sobre la arquitectura, entonces la arquitectura puede liberarse en nuestra cultura y tener un efecto controlador o regulador. No es simplemente que los edificios sean dispositivos disciplinarios que regulan los flujos culturales. Más bien, la imagen de la arquitectura como un dispositivo regulador se utiliza para apuntalar una amplia gama de prácticas regulatorias, la mayoría de las cuales parecen ser independientes de los edificios.